

*MALHECHORES*  
Alfredo Fernández Alameda

Inscripción Registro Propiedad Intelectual  
N° M-005650/2018

## **Índice**

1. Érase una vez una maleta
  2. El chico de los recados
  3. Los jamones del coronel
  4. Hasta nunca
  5. Parlez vous français?
  6. La caza
  7. Virgen de la Paloma
  8. En la tierra de Drácula
  9. Trío de ases
  10. El lobo
  11. La confesión
  12. El crepúsculo de los dioses
  13. El desencuentro
- Epílogo

*Ave de pico encorvado*  
*Le tiene al robo afición;*  
*Pero el hombre de razón*  
*No roba jamás un cobre,*  
*Pues no es vergüenza ser pobre*  
*Y es vergüenza ser ladrón.*

J. Hernández. *Martín Fierro*  
(Consejos de Martín Fierro a sus hijos y al de Cruz).

VIVIR EL CAMPO 12

COMARCA DE LA SAGRA | AÑOVER DE TAJO, LUNES 14 ABRIL 2003. SUCESO

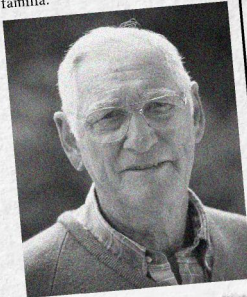
## Aparece el cadáver de un hombre junto al Arroyo de la Charca, en la Herradura del Tajo.

Miguel Ángel J. S. y José P. M., de 11 y 12 años respectivamente, descubrieron el cadáver de un hombre cuando regresaban del colegio en la tarde del pasado lunes. Lo encontraron en los cañaverales de la ribera del sitio conocido como Arroyo de la Charca, en la raya que separa las comunidades de Madrid y Castilla La Mancha. Los niños cuentan que se adentraron en el lugar para coger ramas de fresno para hacerse arcos.

La policía ha identificado el cadáver como Marcial Requejo Mantecón, de 62 años de edad. No se ha facilitado información sobre la causa de la muerte. El finado era propietario de la alquería *Los Humedales del Jarama*, en

la que empleaba una docena de trabajadores en labores agrícolas. Viudo y sin hijos, no se le conoce familia.

LARA P.



Marcial Requejo Mantecón  
FOTO CEDIADA POR EL AYUNTAMIENTO DE AÑOVER DE TAJO

bierno reanudar el GRAPO que de n dencia por saber dad. El ministro d nión celebrada e da terrorista sin talles sobre los caminos a seg poco servirán tecimientos p biendo que l' pietaria de la traban los fug. Mientras veía bros de la facc cia y Alemania.

### La coope ría de lo

Miembros de l mineria de Ta gurarón que no ga como perso on de la justic daron en volve mitiva el próxi toridades munic

## **Uno / ÉRASE UNA VEZ UNA MALETA**

Hilario Verdaguer dirigía una pequeña sucursal bancaria en Alcalá la Real y llevaba personalmente las cuentas subterráneas de una corporación presidida por una insigne mujer de mucho poder y mando.

Aquel miércoles no se había presentado en la sucursal. A nadie extrañó porque su ausencia estaba avisada.

En los últimos años había logrado reunir una suma de dinero de cierta importancia, pero había de llevar una vida mesurada, de acuerdo a sus teóricos ingresos como director de aquella sucursal; eso le exasperaba. Además, consideraba que los jefes no le trataban con respeto; le llamaban a cualquier hora del día o de la noche para requerir informes o para avisar de llegadas de dinero; eso cuando no se presentaban sin avisar, con órdenes intempestivas y le tenían varios días *arreglando* documentos comprometedores, que él sabía que tarde o temprano le dejarían indefenso ante Hacienda y ante la Ley. Era administrador de varias sociedades fantasmas que operaban fuera de su control. Cada día se sentía más inseguro, sometido y confinado. Pagaban bien, pero había llegado la hora de soltar amarras. «De qué me sirve el dinero si no puedo disfrutarlo», se lamentaba ante la ayudante que desde Madrid le habían facilitado con la intención

de que intimase con él. Acertaron, porque Hilario Verdaguer se enamoró de Rosa como un colegial.

«Todo llegará», le consolaba ella. Pero él ya estaba harto. Desde hace algún tiempo venía dándole vueltas a una idea disparatada. «Lo tengo todo bien pensado. Nos iremos antes de que cualquier día estalle este desmán y terminemos todos entre rejas», contaba a la mujer amada, «Juan nos llevará hasta Cerdeña en su barco. Allí tomaremos el transbordador, como dos turistas más, hasta Nápoles. Después, Roma, Florencia, Génova, Milán y Zurich. Abriremos cuentas discretas en diferentes bancos de todas esas ciudades. Llevaremos pasaporte argentino y toda la correspondencia la domiciliaremos en Rosario, en la casa de mi primo Hugo. Luego, en Zurich, depositaremos el resto del dinero acumulado, euros, dólares y libras, en cuentas cifradas. Sé muy bien cómo se hace. Hasta ese momento viajaremos discretamente para no llamar la atención.

Desde Zurich volaremos a Londres y desde allí a Nueva York. Alquilarémos un apartamento de lujo en la Quinta Avenida y durante los tres meses que pasaremos en Manhattan, disfrutando sin tasa de todo lo que la ciudad ofrezca, pensaremos en qué parte del mundo querremos pasar los siguientes tres meses».

Rosa le dejaba hablar. Después lo abrumaba con dificultades, impedimentos, inconvenientes y un sinfín de contrariedades que habrían de presentarse. Pero Hilario parecía tener respuesta para todo, porque aseguraba que el suyo era un plan estratégico perfecto con éxito asegurado.

Estaba equivocado.

En la madrugada del martes vació las pequeñas cajas de seguridad y ordenó el dinero y los documentos que pensaba llevarse en el interior de una maleta. Cerró esta con llave y se dirigió a las afueras de la ciudad, a una granja que su dueño abandonó cuando la deuda era ya mayor que el valor de la propiedad. El banco se la había quedado. Escondió a buen amparo el botín en lugar cierto y regresó al banco a la hora de abrir. Aquel día no había pagos ni ingresos, salvo aquéllos que quedan oficialmente reflejados en los estadillos de las cuentas de los clientes. Los otros, los invisibles, se hacían siempre a través de los generales territoriales. La semana anterior había entrado mucho dinero procedente de una operación inmobiliaria en terrenos de un municipio en el que nadie sabía aún que un tren de alta velocidad, en proyecto, tendría una parada para dar servicio a un colosal complejo de ocio, recreo y salud, denominado provisionalmente «Virgen de la Paloma». Uno de esos *generales*, el judío Bucaramanga, que supervisaba las operaciones de *La Señora* que se realizaban al sur de la línea que unía el golfo de Valencia con el cabo de la Roca, en la *nariz* de Portugal, le había entregado personalmente el dinero.

Hilario tenía todo dispuesto esperando el momento oportuno. Ese momento había llegado. Para no verse agobiado con las reservas de Rosa, no le dijo nada hasta última hora. Su amigo el pescador se ocupó de guardarle las cosas que Hilario no podía llevarse.

Durante la comida, en el «Rincón de Pepe», Hilario puso al corriente de sus planes a Rosa. Ella llevaba algunos días con la mosca tras la oreja, porque había detectado un comportamiento anómalo en él. «Tenemos que hablar», le había dicho durante el trabajo. Y la solemnidad del tono acrecentó sus sospechas. Lo que no supo imaginar es que aquel mismo martes era el día señalado. En vano trató ella de hacerle desistir, pero enseguida apreció la determinación de Hilario. A pesar de ello, intentó retrasar la fuga al menos un día con el argumento de que le resultaba excesivamente precipitado para preparar las cosas que tenía que llevarse.

—Tiene que ser ahora, Rosa. Todo está organizado y Juan nos espera en Motril. Zarparemos a media noche. No tienes que preparar nada, en la maleta hay todo cuanto necesitamos.

—¿Por qué la has llevado a la granja?

—No he querido tenerla en casa. No sé por qué. Seguramente no es más que paranoia, pero temo que se presenten de improviso en casa, como otras veces, y lo último que querría es tener esa maleta conmigo. De paso evito que algún vecino cotilla, de los que abundan en la urbanización, me vea salir de casa con ella.

—Pero yo no puedo faltar al funeral esta tarde en Granada, ya lo sabes. ¿Cómo haremos?

Hilario se desesperaba, estaban ante el episodio más trascendente de sus vidas; un acontecimiento que las cambiaría para siempre y ella se preocupaba de no faltar al funeral de la madre de una empleada del banco.



—¿A qué hora es el dichoso funeral?

—A las ocho.

—Te recogeré allí. Ve en un taxi y llévate solo lo imprescindible.

—A qué hora recogerás la maleta de la granja.

—No antes de las nueve, así que llegaré a Granada sobre las diez. Te llamaré de camino.

A Rosa no le quedó otro remedio que avenirse. Se despidieron. Ya no se verían hasta la hora convenida.

Hilario no salió de casa en toda la tarde. Al anochecer subió a su coche y se dirigió a la granja en busca del equipaje.

Era una noche serena de luna grande que iluminaba el camino de tierra que moría en la granja. El lugar estaba desierto. Hacía años que por allí no pasaba nadie. Las huellas de los neumáticos de un coche que no era el suyo, sobre la tierra del camino, le pasaron inadvertidas. Bajo la paja del desvencijado establo, allí donde la escondió, estaba la maleta. Empuñó el asa y salió.

El disparo le dejó sordo durante unos segundos, al tiempo que hincaba la rodilla en la hierba por efecto de la mordedura del plomo. Soltó una maldición, se levantó y arrastrando la extremidad y la maleta llegó hasta su automóvil.

Rosa tenía un hijo de seis años del que se ocupaban las hermanas del Dulce Nombre de Jesús. Hilario Verdaguer no lo sabía. Por las manos de Hilario Verdaguer pasaba mucho dinero, por eso era preciso conocer todo lo que hacía y una buena parte de lo que pensaba. Rosa era su ayudante, su compañera y su

amante. Rosa nunca iba a traicionar a Madame. Rosa era joven, tenía una aceptable preparación académica y unas caderas que no pasaban desapercibidas. Debía mucho a La Señora, que a su vez poseía el ochenta y dos por ciento de las acciones del internado en que Daniel vivía y en el que Caridad Eizaguirre era tratada, en sus visitas, con boato y deferencia propia de un obispo.

Daniel era un niño tierno y cariñoso. La hermana María Teresa del Sagrario, una jovencísima monja boliviana que ocupaba beca en el colegio, le adoraba y ejercía de madre con él. Una noche María Teresa tuvo una pesadilla terrible y hermosa. En ella era violada por un indio mestizo que había estado convaleciente en la pequeña misión de Guanajuato, donde la joven había hecho el noviciado. El indio era un sujeto fornido, de fuertes brazos, profundos ojos negros y faz angulosa; le hablaba tiernamente en un dialecto indígena mientras la penetraba. Después, entre espasmos, miedo, dolores y amenazas infernales de la superiora de la misión, alumbró un hermoso varón rubio de ojos claros: el niño Daniel.

Ciertamente a la hermana María Teresa del Sagrario la hubiera costado una enfermedad perder al pequeño, como cierto es que lo hubiese perdido si mamá Rosa no hubiera cumplido a satisfacción con el trabajo encomendado por *La Señora*.

Eran las seis y diez de la tarde cuando Luis León detuvo su remolque arrimando la caravana al arcén en el que Candela hacía autostop.

—¿Adónde vas?

—Cualquier lugar estará bien.

—Sube, entonces.

Candela arrojó su bolsa en los asientos traseros del Ford. Luis León indicó con sus luces laterales que reanudaba la marcha, aunque a nadie interesó su maniobra porque nadie circulaba en aquel momento por aquella carretera.

—¿Llevas mucho tiempo de espera?

Hizo la pregunta sin apartar la vista de la carretera y sin prestar atención a la mujer que acababa de recoger.

—No, no mucho.

—Yo voy a Córdoba, pero he de parar en Priego para hacer un encargo, si no te importa esperar un poco, puedo llevarte hasta la ciudad.

—Córdoba es perfecto. Eres muy amable.

—¿Cómo te llamas?

—María. ¿Y tú?

Como cada día, el horizonte fue engullendo lentamente al sol tiñendo de rojo el aire y haciendo la ruta invisible al contraluz. Luis León abandonó la carretera en espera de que el fenómeno se agotase y aprovechó para tomar café y orinar. En orden inverso.

De un pequeño bolso de tela que llevaba colgando del hombro, Candela sacó cigarrillos, puso uno entre sus labios y ofreció a Luis. Luis no quiso. Luis era condenadamente guapo; tenía el culo firme y un poco respingón, y una mirada tan tierna que daban ganas de adoptarle. En eso pensaba Candela cuando

Luis se dirigió al servicio. A su regreso los cafés estaban ya sobre la mesa. Volcó Luis medio sobrecito de azúcar sobre el suyo y mientras hacía girar la cucharilla dentro, preguntó:

—¿De qué huyes?

Ella soltó el humo en dirección al techo y exhaló un suspiro antes de contestar.

—De mi vida —dijo sin volver los ojos hacia su interlocutor, con la mirada perdida en la vaciedad del local—. Mi vida es una mierda, ¿sabes?

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría que tuvieras una buena vida.

—Que más te da. No me conoces.

—Eso no importa. Eres tan bonita que sería capaz de enamorarme antes de llegar a Córdoba.

—No sé si me gusta eso que dices.

Luis León creyó detectar cierta alarma en sus ojos.

—Pierde cuidado, es sólo un cumplido. Soy un ser tan insignificante como apacible, pero tengo ojos y debilidad por la belleza.

—Muy bonitos, por cierto.

—¿Qué?

—Tus ojos, que son muy bonitos.

—Vale, vale, me lo tengo merecido.

Rieron.

—Entonces, gracias, yo también deseo que tengas una buena vida.

—Ya tengo una buena vida.

—¿En serio?

—Sí.

Candela torció levemente la boca en un gesto de burla o tal vez solo de sarcasmo y se levantó para ir al váter.

El establecimiento era grande e impersonal, escasamente concurrido en aquel momento. Por la cristalera de una de las paredes el paisaje se mostraba oscuro, infinito y desolador.

Unos minutos después el remolque se desvanecía en la bruma de la noche, arrastrado por los ciento setenta caballos del Ford que conducía Luis León.

Más allá, donde la distancia hace imposible el sonido, un disparo rasgó la noche. El proyectil atravesó la pierna de Hilario Verdaguer unos centímetros por encima de la rodilla, astillando el fémur, desgarrando el cuádriceps femoral y haciendo una catarata que desbordaba el orificio de entrada del plomo.

Arrastró la pierna y la maleta hasta el automóvil, regando de sangre la hierba que le separaba del lugar en el que lo había estacionado. Empujó la maleta a la parte de atrás, por encima de su asiento, arrancó el motor y abandonó el lugar raudamente, haciendo chirriar las ruedas y dejando una nube de polvo tras sí.

«No puede ser», se dijo. Hundió el acelerador hasta su límite, mientras la luneta trasera saltaba hecha añicos al ser alcanzada por otro proyectil. El auto pasó como una exhalación entre los árboles que rodeaban la granja hasta alcanzar el camino de tierra que desembocaba en la carretera. Tomó esta haciendo derrapar al viejo Mercedes con un molinete digno de los mejores tiempos

de Carlos Sainz. Enfiló la recta a toda velocidad hasta agotarla y antes de perderse en la primera curva el espejo le certificó que había puesto asfalto entre él y sus perseguidores.

Hilario Verdaguer no comprendía. Se preguntaba cómo era posible que le estuvieran esperando. Nadie sabía lo de la granja, estaba seguro de no haber cometido ningún error. Cómo entonces habían averiguado...

Había una respuesta, pero no hay ceguera mayor que la voluntad de no ver. Hilario Verdaguer estaba confundido; ciertamente el sobresalto sufrido le había desconcertado, y tampoco el manantial de su pierna provocado por el mordisco del plomo, colaboraba a que su discernimiento fuera clarividente, pero la mayor niebla la constituía su voluntad de no ver, su firme decisión de no creer.

Una luz lejana, apenas un punto, apareció en el espejo. Hilario Verdaguer apagó las luces del coche y cortó aceleración. Avanzó un trecho alumbrado por la luna hasta tomar un sendero rural, angostado por la maleza, que nacía perpendicular a la carretera. El camino se fue aligerando de espesura y dividiendo en diferentes veredas a medida que se aproximaba a un frondoso pinar, por cuyas entrañas serpenteaba el Mercedes hasta que, finalmente, desembocó en un lugar desde el que se divisaba el resplandor de un campamento de autocaravanas establecido en un claro del pinar. El aire se hizo más fresco y el silencio permitía escuchar, como un murmullo lejano, el fluir de las aguas de un río.

Hilario se apeó del coche en un entramado de sombras, dejando un charco de sangre dentro. Tomó la maleta y, arrastrando la pierna, se encaminó a una roulotte que se encontraba un poco separada del pequeño campamento.

El recinto estaba mal iluminado por unas pocas bombillas de escaso vataje diseminadas aquí y allá, y por la luz que escapaba de las ventanas de algunos carruajes.

Sigilosamente, aguantando la quemazón del plomazo, bordeó la caravana y depositó la maleta en los asientos traseros de un Ford azul al que estaba enganchada la vivienda rodante, empuñó su pistola y se dirigió hacia la puerta de acceso.

Hilario Verdaguer iba regando la hierba con su sangre, dejando tras sí un rastro capaz de guiar a un cegato en noche sin luna.

Golpeó un par de veces la puerta con el cañón del arma sin obtener respuesta. Giró suavemente el picaporte y este cedió sin resistencia. En el interior había una mujer semidesnuda durmiendo sobre un camastro, frente a una pequeña televisión que iluminaba irregularmente el habitáculo. Encendió una lámpara diminuta que había sobre una mesa plegable y apagó el televisor. Los ronquidos de la mujer se dejaron oír en el silencio de la estancia. Echó un vistazo a través de la ventana. La noche estaba tranquila. De la oscuridad lejana venía un rumor de música.

La mujer yacía boca arriba con las piernas juntas y ligeramente dobladas; vestía únicamente unas bragas pequeñas de color azul pálido que se oscurecía sobre el pubis. Hilario

Verdaguer separó el cabello de la cara de la mujer con el extremo del cañón del arma, luego dio unas palmaditas en la mejilla y, cuando Candela abrió los ojos, cubrió su boca con la mano ensangrentada, llevándose el cañón a los labios ordenando silencio. El grito de la mujer quedó ahogado por falta de aire. Poco a poco fue aflojando la presión de su mano sobre la boca de la mujer.

—¿Quién es usted?— acertó a preguntar la muchacha, presa de la lógica sorpresa.

—Eso no importa ahora, vístete que nos vamos.

Candela se incorporó a medias, arrimando el culo a la almohada y encogiendo las piernas en un gesto instintivo de miedo y pudor.

—Pero... —balbuceó, reparando en el estado de la pierna del hombre que la encañonaba—, está usted herido.

—Es un balazo. ¿Tienes un botiquín o algo así?

Candela se dirigió a un pequeño armario, del cual había sacado Luis León un condón no hacía mucho, cogió tijeras, vendas y otros enseres de primeros auxilios. Cortó el pantalón por encima de la herida bajo la atenta mirada del hombre, la limpió pulcramente, volcando profusamente agua oxigenada sobre ella; aplicó un apósito y vendó fuertemente el desgarró. Un abundante charco de sangre se había formado sobre el piso.

Toda la operación había sido realizada con destreza y escrupulosidad. Hilario preguntó:

—¿Eres médico, enfermera o algo así?

—No.



—Pues lo pareces.

—Pues mejor para ti, ¿no crees? —el hombre guardó silencio—. Has debido perder mucha sangre, creo que deberías ir a un hospital.

—Yo también lo creo, preciosa, pero ahora no es posible. Me vienen pisando los talones, así que vístete que hemos de irnos ya.

Candela se enfundó el suéter y se ajustó los estrechos pantalones que concluían su vestimenta. Se calzó las sandalias y se incorporó para introducir el suéter dentro de la cinturilla del pantalón.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo sabrás.

—Mi novio está al llegar, ¿puedo dejarle una nota?

—No serviría de nada, nos vamos en tu coche.

—¿Con el remolque?

—Eso es.

—Estás loco. Si te vienen siguiendo no iremos muy lejos con este cacharro.

—No necesito ir muy lejos, lo que necesito es que no me encuentren, y este cacharro, como tú dices, es, con toda seguridad, mucho mejor que el coche que me ha traído.

—De acuerdo, pero adonde debería llevarte es a un hospital, a que te vean esa herida — Hizo ademán de salir.

—¡Quieta, muñeca! —la voz de Hilario Verdaguer se tornó ronca y ácida—. Agradezco tu interés, pero harás lo que yo te diga, y procura no tomar iniciativas.

Subieron al automóvil y discretamente abandonaron el recinto. Cruzaron el pinar y salieron a la carretera en el preciso momento en que un BMW tomaba la desviación de entrada.

Candela, al volante, preguntó destino.

—En el próximo cruce gira a la derecha y al llegar a Baena tiras a la izquierda en dirección Córdoba. Antes de llegar a la ciudad hay una urbanización que se llama «Residencial El Cortijo». Viene bien señalizada. Allí vive un amigo que se ocupará de mí. Cuando me dejes te daré cinco mil euros por tus servicios, volverás al campamento para que tu novio no se preocupe y te olvidarás de esta aventura.

—Por mí, de acuerdo, pero si te sigue la pasma...

—Queda tranquila, la pasma, como tú dices, no tiene nada que ver en este asunto y mis perseguidores tienen menos interés que yo en que la policía, intervenga —la voz de Hilario Verdaguer se había atiplado notablemente, estaba muy pálido y parecía fatigado—. Óyeme, no puedes ir más aprisa.

—¿Estás loco? Por esta carreterucha, de noche y con la casa a cuestas... Ni lo sueñes.

—Es bastante probable que el BMW con el que nos hemos cruzado al salir a la carretera sea el de mis socios, si no espabilamos, no tardarán en dar con nosotros.

—¿Por qué te persiguen?

—Es una larga historia. Asunto de negocios.

Se hizo un silencio prolongado. El hombre echó el seguro de la pistola que había venido empuñando y la depositó en el suelo del auto. Reclinó ligeramente el asiento y se acomodó,

tapándose con la chaqueta, una vez que se hubo despojado de ella. La carretera se adivinaba más allá del alcance de los faros del automóvil, entre un paisaje de árboles retorcidos cargados de aceitunas, con las crestas claras por el baño de luna.

Del bolsillo de la americana sacó el hombre un teléfono; tecleó un número y se llevó el aparato a la oreja. Nadie pareció contestar a su llamada. Hilario volvió a teclear y de nuevo se lo acercó a la oreja. Esta vez sí había alguien al otro lado.

—Soy yo, Juan. Ha habido un problema. Tenemos que suspender el viaje ¿Se ha comunicado Rosa contigo? —el pescador dijo que no—. Está bien, cuando lo haga, dile que se vuelva a su casa y que espere mi llamada.

El pescador debió interesarse por el problema porque lo siguiente que Candela oyó decir a Verdaguer fue:

—No. Ahora no puedo, ya te lo explicaré. Adiós.

Guardó el teléfono y se hizo el silencio.

Fue Candela quien lo deshizo, sin apartar la vista del asfalto.

—¿Te duele?

—Hace un rato que no siento la pierna.

—Estás un poco pálido. Intenta dormir.

—¿No me la jugarás?

—¿Qué haría? Además, cinco mil son un buen argumento.

¿Llevas el dinero encima?

—En la maleta de ahí atrás.

Hizo un gesto con la cabeza.

Candela echó un vistazo rápido pero suficiente por el espejo para cerciorarse de que, efectivamente, había una maleta junto a su bolsa de viaje.

—¿Cuándo la has puesto ahí?

—Mientras roncabas.

—¿Cómo llegaste al campamento?

—Por casualidad. Me esperaban en una granja que hay en Alcalá. Me dispararon, pude huir pero me seguían de cerca, así que me introduje en el pinar para despistarles y me encontré con el pequeño campamento de roulottes, al principio pensé en refugiarme en una y dejar pasar el tiempo, pero me convencí de que tarde o temprano darían con el sitio. Por otra parte, esta pierna necesita auxilio.

—¿Por qué no seguiste en tu coche después de darles esquinazo?

—Ellos conocen el coche, además rompieron a tiros los cristales y seguro que la chapa tiene algún agujero de bala; ya comprenderás que era mejor deshacerse de él. Mi única esperanza consiste en llegar a esa urbanización que te he dicho antes de que nos alcancen.

—Lo conseguiremos, ahora trata de descansar.

—No comprendo cómo sabían que...

—¿Que pasó, te pirabas con la pasta de tus socios?

—Eso mismo. Es dinero opaco. No existe. Y también es mío.

—Al menos eres sincero.

—Es que me caes bien. No alcanzo a entender como es que me estaban esperando —insiste obsesivamente el herido—. Nadie sabia lo de la granja; no hay explicación.

—Claro que la hay. Todo tiene una explicación, pero ahora no estás en condiciones de encontrarla. Duerme.

—¿Cómo te llamas?

—Ana. ¿Y tú?

—Es mejor que no lo sepas, pero si llegamos al Cortijo antes de que nos cojan, van a ser diez mil.

—¡Joder! ¿Lo dices en serio?

—Puedes estar segura. Ya te he dicho que me caes bien.

En el cruce de Cabra estaba la Guardia Civil haciendo señas con un palo luminoso en la mano.

—¡Lo que faltaba! —exclamó con preocupación la mujer—, espero que no nos paren.

Hilario empuñó el arma, la ocultó bajo la chaqueta que le arropaba y fingió dormir.

Candela paró junto al agente del palo encendido.

—Vayan con precaución, ha habido un accidente.

Tomaron lentamente la dirección de Lucena. Al costado de la carretera otros agentes se movían con linternas y cintas métricas en torno a una encina que había aguantado estoicamente la embestida de un precioso Alfa Romeo descapotable de color rojo guinda.

Con la luna como antorcha fueron consumiendo lentamente kilómetros de alquitrán irregular en aquel decorado uniforme e infinito de olivos. La mujer fumaba y conducía en silencio.

Trataba de imaginar el final de la aventura. El hombre parecía haberse dormido, la respiración era como un quejido lejano, ilustrado con un hilillo de baba que fluía a través de la comisura de los labios.

De vez en cuando apartaba un instante la vista de la carretera para mirar de reojo atrás, como si quisiera asegurarse de que la maleta seguía allí.

Al dejar Lucena entraron en la carretera nacional, más ancha y concurrida. Hilario Verdaguer seguía inmóvil. La baba había dejado de caer sobre el cinturón de seguridad, que servía de apoyo a su mejilla. La luz que indicaba la reserva de combustible llevaba un buen rato encendida.

Poco antes de llegar a Monturque Candela tomó la vía de servicio para repostar en una gasolinera. Llenó el depósito, retiró los vehículos del surtidor y aparcó no muy lejos de la cafetería. Antes de reemprender la marcha decidió averiguar el contenido de la maleta de aquel hombre. En uno de los bolsillos de la chaqueta que tenía sobre sus rodillas encontró un llavero de cuero con varias llaves y el teléfono, en el otro, una llave pequeña suelta. La introdujo en la cerradura, la hizo girar y oyó liberarse el mecanismo de los pestillos. Volvió a cerrar y cargando con ella se dirigió al lavabo. Se encerró en el cuartito del retrete, depositó la maleta sobre la taza y la abrió. Pocas personas reaccionan con serenidad ante sucesos inesperados. Candela quedó inerte por el asombro que la visión de tanto dinero le provocó. Montones de billetes enfajados y en perfecto orden. De cincuenta, de cien y de quinientos. Una fortuna.

Candela se preguntó cuánto abría. Y se preguntó también de dónde habría salido. Cerró la maleta, echó la llave y tras guardarla en un bolsillo de sus apretados pantalones abandonó los servicios para pasar al bar. Tomó asiento, manteniendo la maleta entre sus piernas, encendió un cigarrillo y repasó durante algunos minutos la situación. Lo primero que pensó fue en huir con la maleta, dejando la caravana estacionada allí, pero la gasolinera estaba en mitad de la nada, a kilómetros del pueblo más cercano. Y tampoco iba a cargar con todo aquel peso campo a través en mitad de la noche. Tal vez podría pedir un taxi a la población más cercana y dirigirse a Córdoba o Sevilla, donde no sería difícil perderse, pero el hombre del balazo se despertará en cualquier momento y... Lo mejor sería, siguió discurrendo, desenganchar el remolque, deshacerse del hombre y largarse, pero Candela no sabía cómo hacer ni una ni otra cosa. Probaría con el taxi.

Aplastó el cigarrillo contra el cristal del cenicero cuando apenas quedaba poco más que el filtro, agarró con fuerza la maleta y se dispuso a buscar un teléfono. En la cafetería le dijeron que como ahora todo el mundo lo llevaba consigo ya no tenían teléfono público. Salió en busca del suyo, que estaba en su bolsa de viaje. Ya en la calle, se detuvo al observar que dos hombres merodeaban en torno al Ford, mirando a través de las ventanas. Detrás de la caravana había un BMW oscuro. «Son ellos», se dijo la muchacha, mientras retrocedía. Entró de nuevo en el bar y se dirigió a un pequeño mostrador que había al

fondo, tras el cual, una mujer con mandil blanquísimo despachaba mantecados de la zona y vino de la comarca.

—Perdón, interrumpió Candela, ¿puede usted guardarme esta maleta un momento mientras voy al lavabo?, es que no quiero dejarla en el coche...

—Póngala aquí detrás y no se preocupe. Vaya tranquila.

Candela ocultó la maleta tras el mostrador y se acercó a la puerta. Uno de los hombres seguía junto al Ford, el otro salía de la roulotte negando con un breve movimiento de cabeza, que con toda seguridad quería decir: «aquí tampoco está la maleta». Intercambiaron unas palabras y uno de ellos se encaminó al bar, Candela estaba segura de que se proponía averiguar de quién era aquella roulotte. El otro permaneció junto al coche. ¿Qué hacer? Era preciso tomar una decisión. Había que improvisar.

Salió a su encuentro, se puso frente a él y le espetó:

—Son ustedes quienes vienen siguiéndole, ¿no es así?

El hombre tardó un par de segundos en reaccionar, era evidente que el encuentro le había sorprendido.

—¿Quién es usted, jovencita?

—Me llamo Sara y ese fulano que está dormido en mi coche me ha traído hasta aquí a punta de pistola. Aprovechando que se ha dormido, me disponía llamar a la policía cuando les he visto a ustedes husmeando en la caravana.

Mientras hablaban iban acercándose hasta donde estaba el otro hombre.



—Este no es buen sitio para hablar —dirigiéndose a su compañero—: síguenos. Y usted —de nuevo se dirigía a la chica— póngase al volante y salgamos de aquí.

El hombre abrió la puerta y, desatendiendo las reticencias de Candela, la tomó del brazo para *ayudarla* a entrar; subió a continuación al asiento trasero e instó a la mujer para que emprendiera camino.

—¿Adónde vamos?

—Tenemos que hablar; donde vea un lugar propicio, pare.

Candela recorrió un par de kilómetros a cuarenta por hora y en un ensanche que la carretera hacía al inicio de un tramo de obras se apartó de la calzada. Por el espejo comprobó como el BMW paraba detrás. Durante el corto trayecto no había mediado palabra alguna. El hombre del asiento trasero iba elegantemente vestido con prendas de color negro: camisa sin cuello, chaqueta de ante de solapa estrecha y pantalón recto con impecable raya. El pelo castaño claro, casi rubio y muy corto. Su rostro era alargado y anguloso, con dos profundos surcos en torno a unos labios finos y azules. Sobre la oscuridad que emanaba el sujeto, llamaba la atención el intenso dorado de un reloj de pulsera, un enorme anillo sobre el anular izquierdo y la ostentosa hebilla del cinturón.

—¿De qué conoce a Verdager?

—¿Quién, yo? Absolutamente de nada. Ya le he dicho que me ha secuestrado.

—¿Por qué la ha secuestrado?

La voz del sujeto hacía juego con su aspecto.

—Para huir y despistarles a ustedes, según me dijo.

—¿Qué le ha contado?

—Prácticamente nada, que le perseguían unos socios con los que había tenido un desacuerdo.

El segundo socio se había bajado del BMW y aproximado a la ventanilla. Era un poco más joven y algo más fornido; alguien o algo le había partido la nariz en algún momento dejándole el hueso mal colocado y dando a su rostro una expresión de ferocidad.

—Vuelve al coche y espera —dijo el caballero enlutado.

El recién llegado hizo un gesto de asentimiento, echó un vistazo al escote de la mujer y regresó a su coche.

—Tenemos un par de problemas —Candela estaba sorprendida de que aún no se hubieran interesado por el dinero. Guardó silencio y dejó proseguir al de negro—, usted y yo, quiero decir.

—¿Yo? ¿Por qué yo? Mi único problema es este —movió tenuemente la cabeza hacia el dormido—. En cuanto me libre de él se acabaron mis problemas.

—Tal vez todo sea así de sencillo. Ahora preste atención a lo que voy a decirle, dirijo un equipo al que se le ha encomendado hacer efectiva una fuerte suma de dinero. Se trata de una misión secreta, un asunto de Estado sumamente reservado, ¿comprende lo que digo, Sara? —la chica asintió con la cabeza, procurando parecer lo más mema posible—. Uno de los problemas es que a un miembro del equipo le ha dado un ataque de avaricia y se ha llevado el dinero —señaló gestualmente a Hilario Verdaguer—,

el otro problema es que, cuando por fin lo encontramos, resulta que el dinero no está y él se ha muerto.

—¿Qué?! —exclamó Candela, sorprendida ante la noticia, al tiempo que volvía los ojos al hombre al que creía dormido—. ¡Joder! Les aseguro que yo no he tenido nada que ver...

—Tranquila, la creo. Vamos a lo que importa: esa fuerte suma de dinero, de la que Verdaguer se apropió indebidamente, se encontraba en una maleta; ahora dígame, Sara, y no se precipite al contestar, ¿qué sabe usted de esa maleta?

Candela cerro los ojos un instante. Su cerebro trabajaba a más revoluciones que la turbina de un reactor. Los abrió, los enfrentó a los del hombre y soltó:

—Creo que sé donde está —los ojos del rubio se encendieron—. Bajemos del coche antes de que me dé una tortícolis.

Candela hablaba con la cabeza vuelta hacia el asiento de atrás. Bajaron del auto. Al avanzar la noche, la luna se había hecho más pequeña y había ganado altura, una ligera brisa hizo estremecer a la mujer. Candela se envolvió el cuerpo con los brazos. El hombre de negro se despojó de su chaqueta de ante y la posó sobre los hombros de la mujer. También aceptó Candela el cigarrillo que se le ofrecía y comenzó a fabular, mientras caminaban uno junto a otro, como si se tratara de dos viejos conocidos que acabasen de reencontrarse.

—Cuando ese tal *Berenguer* o como se llame llegó al campamento, yo estaba recogiendo un poco de ropa que había puesto a secar en una cuerda. Efectivamente portaba una maleta,

cojeaba ostensiblemente, pero yo aún no sabía que estaba herido.

—¿Qué hizo con ella? —El hombre detuvo un instante la marcha—, ¿dónde la escondió?

—Se metió en la roulotte de los Menéndez, una grande cercana a la nuestra, las otras quedaban más separadas.

—¿Quiénes son los Menéndez?

—Un matrimonio ya mayor, son naturistas y se pasan el día en pelota, arreglando el pequeño huerto que tienen, cuando no están jugando a la petanca. Son muy simpáticos, viven todo el año en el campamento.

—Y... ¿Por qué decidió utilizarla a usted para huir?, si dejó la maleta a los Menéndez, parece lógico que se hubiera ido con ellos.

—No puedo contestar a eso. No sé que planes tenía ni cuáles eran sus intenciones, pero cuando entró en mi roulotte y me secuestró, ya no llevaba la maleta consigo, por fuerza han de tenerla los Menéndez.

—¿Cómo se dirigió a usted?

—Como le decía, yo estaba recogiendo ropa la primera vez que le vi y no le presté atención, algunos minutos después llamó a mi puerta, llevaba una pistola en la mano, me pidió vendas y me obligó a ir con él.

¿Cómo es la caravana de esos viejos.

—Muy grande y tiene acoplada una tienda de campaña azul. En la parte de atrás tienen un pequeño huerto. No tiene pérdida.

Al caballero de la triste figura la historia le pareció creíble; la maleta no estaba en el Ford y tampoco estaba en la caravana, evidentemente aquella mujer no la tenía, era, pues, lógico pensar que la historia de los Menéndez era verídica. Verdaguer había estado sometido a una rigurosa vigilancia. Todo lo que había que saber se sabía. Aquella joven mujer que decía llamarse Sara no estaba catalogada entre sus amistades o contactos —aunque tampoco los Menéndez lo estaban—, no era cómplice sino víctima circunstancial en la huida del traidor, por eso, aunque su primera intención fue llevarse a la muchacha, desestimó tal por considerar innecesarias las complicaciones que conllevaría: habría que abandonar el coche y la caravana de la chica en aquella carretera principal, y una vez recuperada la maleta habría que deshacer el camino para devolver a la chica a sus vehículos, suponiendo que para entonces la guardia civil no los hubiera intervenido ya. Todo ello paseando al muerto de un lado para otro. No, no era una buena idea. A su guardaespaldas ni le consideraba fiable para encomendarle la tarea ni competente para custodiar a la chica. Además, tenía prisa por recuperar el dinero y había que hacer desaparecer el cadáver y el coche de Verdaguer.

Nos ha prestado una gran ayuda Sara, lamento que se haya visto envuelta en este asunto. Ahora nos llevaremos el cadáver de nuestro amigo y usted deberá olvidar este incidente.

—Arrimaron el BMW y trasladaron el cuerpo de Hilario Verdaguer al maletero del coche. El caballero de negro se acercó a la ventanilla del asiento que ya ocupaba Candela.

—Una última cosa, Sara, necesitare que me deje su número de teléfono por si en el camino se me ocurre alguna pregunta o por si tenemos dificultad en encontrar el lugar.

Candela estuvo tentada de decir que no tenía teléfono, pero la mirada del fulano a la bolsa le hizo cambiar de idea.

—Por supuesto —recitó los nueve números, que el otro fue marcando en el teléfono propio. De la bolsa de viaje de la chica enseguida salió una música característica de aviso de llamada.

—Vuelvo a reiterarle nuestro agradecimiento por su colaboración e insistir en que olvide este desagradable incidente. Siga usted con su vida, nosotros nos ocuparemos de todo.

—Cuenta con ello —dijo la chica—. Adiós.

El BMW giró y se perdió rápidamente en la lejanía, en busca de un matrimonio fantasma que vivía todo el año en una roulotte inexistente y que cultivaba un huerto hipotético. Candela se quedó sola, aliviada y satisfecha de sí. Su actuación había sido impecable. Y arriesgada. Pero había salido bien. Palpó la llave sobre la tela del pantalón, aguardó hasta que los coches que circulaban se lo permitieron y dio la vuelta en busca de la maleta.

—Aquí la tiene. Creí que se había olvidado de ella.

—Muchas gracias, me entretuve con unos amigos.

Junto al soporte para la bicicleta que Luis León había fijado a la parte de atrás de la caravana, había un bidón de plástico. Lo llenó de gasolina, compró un paquete de cigarrillos y salió de nuevo a la carretera.

Las luces de Monturque quedaron reflejadas en el espejo retrovisor; un poco después, las de Aguilar de la Frontera. Candela circulaba a toda la velocidad de que era capaz, el tiempo se había convertido en un elemento esencial, sabía que pronto descubrirían el engaño y pondrían todos los medios a su alcance para atraparla. Aunque la historia que le había contado el flaco de negro no fuese cierta, la gente que mueve tanta pasta suele tener abundancia de recursos, conjeturaba la chica.

Cuando alcanzó la autopista que le conduciría hasta la ciudad, en la radio comenzaban las noticias de la una de la madrugada. Entretuvo sus pensamientos en el polvo que había echado con Luis León. Había estado bien. No le importaría tener aquel culito respingón entre sus manos de vez en cuando. Era ella la que podría haberse enamorado antes de llegar a Córdoba. Era guapo, instruido, cortés, tierno y ocurrente; sus ojos claros de color avellana infundían confianza. Y decía tener una buena vida... ¿Se puede pedir algo más?

Durante el trayecto mantuvieron esta conversación:

«—Dejaré la caravana en un campamento que hay cerca de Priego. En el pueblo es difícil moverse con ella, y estacionar, una quimera. Me llevaré la bicicleta.

—¿Cuánto tardarás?

—Hora u hora y media. No más. Si quieres, puedes dar un paseo por el pinar, o ver la tele. Tengo unos cuantos libros, por si prefieres leer.

Poco después llegaron al campamento. Apagó el motor y volvió el rostro hacia la muchacha:

—¿Puedo preguntarte qué te ha pasado?

—Por qué crees que me ha pasado algo?

—Antes me dijiste que tu vida no iba bien.

—No. Te dije que mi vida era una mierda.

—Sí, así lo dijiste, por eso te preguntaba. Pero no tienes por qué contestar. Llevarte a Córdoba no me da derecho a tanto.

—Acabo de dejar una relación y estoy un poco descolocada. La verdad es que ahora prefiero no hablar de ello, si no te importa.

—Claro que no. Lo comprendo. El tiempo es el remedio...

—Tú, en cambio, dices tener una buena vida, así que a lo mejor no te importa hablarme de ella.

—¿Qué quieres saber?

—Hablar por hablar: ¿a qué te dedicas?, ¿qué haces por estos andurriales?, ¿a qué llamas tú una buena vida...?

—Soy periodista freelance.

—¿Qué significa eso?

—Que trabajo por libre, independiente. Sin nómina, vamos.

—¿Y eso es bueno?

—Cuando no escasea el trabajo, sí.

—¿Y cuál suele ser el trabajo?

—Reportajes, entrevistas, algún artículo y fotos, muchas fotos. Unas veces por encargo y en otras ocasiones vendo iniciativas.

—¿Vives de eso, entonces?

—Así es. También escribo cuentos. Ya me han publicado el primero. Con escaso éxito, ciertamente.



—¿Y cuando no tienes trabajo, qué haces?

—Depende de la época: surfear en Mundaka, esquiar en Andorra, paseo por Asturias o ayudar a mi madre con sus perros.

—¿Tiene muchos?

—La última vez que estuve en la granja, tenía veintidós.

—¡Santo cielo! ¿Se puede vivir con tanto perro?

—Los perros son su vida. Casi todos son callejeros o abandonados. Te sorprendería saber la cantidad de gente que abandona perros, sobre todo en verano. Ella los recoge, los cura, los cuida y de tanto en tanto les busca un dueño apto. Cuando murió mi padre vendió la clínica —ambos eran veterinarios— y montó la granja. Te aseguro que es feliz, y la gente de la comarca la tiene afecto y respeto, porque siempre está dispuesta a ayudar.

»En cuanto a qué hago por estos andurriales, aprovecho que estoy de vacaciones por la zona para dejar unas flores en la tumba de tío Basilio, en el cementerio del Santo Cristo, por encargo de mi madre, precisamente. Esta noche dormiré en Córdoba y mañana iré a Palenzuela, para unirme a la Orden de los Caballeros del Pedal, e iniciar la ruta del Arlanza, en bicicleta, claro.

—¿No está un poco lejos eso para ir a montar en bici?

—Un poco, sí, pero te aseguro que merece la pena.

—¿Cuántos sois en esa orden?

—Seis amigos.

—¿Ninguna chica?

—Estamos tratando de que se incorpore alguna f emina, para dar un poco de color al grupo, pero hasta ahora nuestros intentos han sido fallidos. A lo mejor te apetece unirse a la orden. Ser as muy bien recibida.

—No creas que me importar a, lo que sucede es que no estoy en el mejor momento de mi vida, como te he dicho.

—Pues los pedales van bien para ahuyentar fantasmas.

—Cuéntame como suele transcurrir una de esas aventuras ciclistas.

—Solemos reunirnos en un lugar en el que pasamos la noche, casa rural habitualmente, a veces hotel, pensión o incluso albergue, depende de lo que el sitio elegido por el organizador ofrezca. A la mañana siguiente, razonablemente temprano y tras el desayuno, ataviados ya con la indumentaria propia, procedemos a revisar los vehículos: aire, herramientas, bomba, repuestos, frenos. Una foto de grupo como recuerdo y a cabalgar en busca de aventuras, como el hidalgo de Cervantes. Aventuras que rara vez van más allá de un viejo castillo medieval, un desconocido retablo en alguna iglesia olvidada de algún pueblo castellano a punto de desaparecer, un monumental convento que el tiempo y la trágica desamortización de Mendizábal han convertido en ruinas, con sus arcadas todavía en pie dando testimonio de la grandeza de otro tiempo. Comida en la ribera del Arlanza, a las afueras de una ilustre villa ducal, Tertulia, comentarios de los avatares del camino, elogio de alguna doncella...

Y así fue narrando Luis León los tres días de que se compondría aquel viaje cicloturista, desgranando con detalle la historia de los lugares por los que tenían programado pasar; monumentos, paisaje, personajes y sabrosas anécdotas ocurridas en rutas anteriores. Y muchas fotos.

Complacida, prestaba atención Candela con el mismo interés que un infante escucha un cuento. Y reconoció, sobre todos los acontecimientos que su compañero de viaje describía, la amistad que unía a aquellos hombres que, con la bicicleta como excusa, aprovechaban para disfrutarse los unos de los otros.

—Cuando dijiste que tenías una buena vida me pareciste un poco petulante, después de oírte, diría que tienes una vida envidiable.

—Pues toma —dijo entregando a la chica una tarjeta que sacó de la guantera—. Si te animas, llámame y te prestaré una bici.

Luego, cuando quedó sola en el campamento de caravanas, tal vez por perversión del espíritu de la oportunidad o quizás por simple ejercicio de cotejo, sus pensamientos se trasladaron a Jacinto Vargas, su novio, cuyo carácter atrabiliario había ido matando poco a poco el amor que en otro tiempo le profesara.

Se lo había advertido: «si me vuelves a poner la mano encima me iré y no volverás a verme». Había cogido un poco de ropa, su cepillo dental, unos pocos euros que tenían en casa y se había marchado, sin rumbo, lejos de aquel lugar y del hombre al que ya no quería por compañero.

Estuvo ciega durante los primeros meses, cuando creyó que la vida se acababa en él. Más tarde, cuando el enamoramiento fue cediendo a la razón, anduvo negándose lo que ya sabían sus entrañas, que Jacinto no era una buena compañía. Entonces debió abandonarle, pero durante algún tiempo más cedió a las manipuladoras técnicas suasorias que empleaba tras sus injustificados ataques coléricos. Con lágrimas en los ojos le juraba corregirse y aseguraba que si le abandonaba se quitaría la vida. Y la llenaba de besos y de zalamerías; le acariciaba todo su cuerpo y la amaba apasionada y eficazmente. Pero la cuestión volvía a repetirse, y volvían los gritos, las amenazas y las ausencias, que ya no traían daño sino alivio. La gota que desbordó el vaso de la transigencia fueron aquellas dos bofetadas que enrojecieron su cara y terminaron por abrir sus ojos.

No encontraba la bolsita que aseguraba haber dejado en el cajón de su mesilla. «La he dejado aquí ¡joder! ¿No me digas que no la has visto?»; idas y venidas por toda la casa rebuscando en cada mueble y farfullando; la desazón fue convirtiéndose en ira; cajones que van a parar al suelo, el espejo del ropero hecho añicos de una patada. «¡Por Dios, Jacinto, no seas bestia; vas a destrozar la casa!». Jacinto que en dos zancadas se pone frente a ella, Jacinto que clava sus ojos encendidos en los ojos de su novia, Jacinto que, sin desapretar los dientes, como queriendo asustar y consiguiéndolo, escupe más que pronuncia: «¡Destrozo lo que me sale de los cojones ¿entiendes?!». Y ella que hace un gesto de desprecio que sabe le irrita sobremanera, y Jacinto que

levanta la manaza y la suspende en lo alto, a dos palmos del rostro de *su amada*, y con ira contenida, manteniendo la mano todavía abierta, inquiere: «¿Dónde cojones has puesto el hachís?». «Te lo habrás *fumao*», dice ella, convirtiendo el gesto de desprecio en burla. Y Jacinto que estrella sobre aquel rostro insolente, primero la palma y a la vuelta el dorso de su mano, con un rápido movimiento de vaivén que Candela percibe como dos latigazos acompañados de sendos chasquidos ¡zis zas! Su cabeza se golpea contra la jamba de la puerta y se precipita al piso quedando fugazmente desvaída.

Jacinto abandona la casa desquiciando los goznes de un portazo».

Ahora era una mujer libre, tenía un equipaje esperanzador y la voluntad de proporcionarse, también ella, una buena vida.

Las luces de Córdoba se vinieron encima. En la avenida de Cádiz, antes de llegar a la Plaza de Andalucía, vio un hotel con taxis estacionados en la entrada, se desvió por unas calles estrechas totalmente desiertas en aquella hora. Estacionó en un pequeño descampado cerca de un edificio en construcción, sacó del auto la maleta y su bolsa, esparció la gasolina del bidón que viajaba junto al soporte de la bicicleta por los asientos y por el interior de la caravana, y prendió por un extremo una sábana, convenientemente doblada a lo largo, metiendo el otro extremo en el recipiente, que aún conservaba tres dedos de carburante. Bajó las persianas de las ventanas y abandonó la roulotte cerrando tras sí.

Alcanzó el hotel de la avenida principal. Con la ayuda del chófer metió el equipaje en el maletero del primero de los taxis que hacían fila.

Entraron en Córdoba por el puente de San Rafael, y bordeando los jardines de la Victoria llegaron a la estación central del ferrocarril. Apenas si había media docena de personas en el andén principal. Cargó los dos bultos en un carrito metálico de los que había a la entrada y se dirigió a las taquillas.

—¿Cuándo sale el próximo tren?

—¿Hacia dónde, señorita? —Candela dudó—, si va a Madrid el AVE de Sevilla llegará en treinta minutos.

—Sí, eso es, deme un billete para Madrid.

—Preferente viene completo, así que tendrá que ser en clase turista.

—Turista está bien.

—Puede esperar en la cafetería, si quiere. Está abierta toda la noche.

—Muchas gracias.

Candela recogió la cartulina y se dirigió a la cafetería. Tenía ganas de lavarse la cara, de orinar, de comer, de tomar un café bien cargado y de fumarse un pitillo; pero sobre todas las cosas, tenía ganas de subir al tren. Un mozo rechoncho y sesentón sentado a la puerta de la cafetería le informó de que no podía entrar con el carrito.

—Pierda *cuidao ceñorita*, yo le cuido el equipaje —dijo solícito, con su cara bonachona de color congestión—. ¡Ea! Vaya tranquila, que no tengo otra *coza* que *haser*.

Candela dudó un instante; finalmente tomó su bolsa y entró en la cafetería, dejando al hombrecillo al cuidado de la fortuna. En la barra había una pareja joven con aspecto de aburrimiento, y sentados a una mesa, un par de individuos bien vestidos tomaban whisky.

—¿Me puede hacer un sandwich a estas horas?

—Por supuesto, señorita. ¿Y de beber, que la pongo?

—Un café solo doble, bien cargado.

—Marchando.

Candela echó un vistazo a través de la puerta para asegurarse de que el mozo y la maleta seguían allí. Se dirigió al lavabo.

Un poco más aliviada, por el enjuague y por el desagüe, dio cuenta del sandwich de jamón y queso con maneras de camionero. El café caliente le cayó como una bendición. Pagó la consumición y salió.

Sacó un cigarrillo y se sentó junto al probable borrachín, que aceptó gustoso otro cigarrillo y la moneda de dos euros con que Candela pagó su servicio.

—¿Va usted a Madrid?

—Así es.

—Yo tengo un hermano en Moratalaz ¡*Ozú!*, menudo bicho mi *cuñá*. ¿Y no tiene miedo de andar sola a estas horas?

—Qué le voy a hacer. Así es la vida, a veces.

—Bueno, pues que tenga buen viaje.

Se levantó y entró en el bar dispuesto a airear la moneda.

«A estas alturas», pensaba la muchacha, «ya habrán averiguado que los Menéndez son una invención y estarán buscándome bastante cabreados», y para tranquilizarse se decía que era del todo imposible que les diera tiempo a llegar a la estación, aun en el supuesto de haber deducido sus intenciones, antes de que llegara su tren.

Finalmente los altavoces anunciaron la inmediata llegada del AVE procedente de Sevilla con destino Madrid. También en inglés.

«Sara, Sara... eres una chica muy mala, ¿dónde estás, preciosa? Me has engañado bien. Ya veremos hasta dónde llegas». Reflexionaba Samuel Bucaramanga.

—¿Qué hacemos ahora Sam?

—Ir tras ella.

—Sí, pero ¿hacia dónde?

—Hay que buscar la roulotte.

—¿Crees que seguirá con el cacharro?

—No lo sé, pero no tenemos otra pista. En marcha.

—¿Qué hacemos con Hilario?

Samuel Bucaramanga caminaba despacio hacia el BMW que habían dejado junto al Mercedes de Verdaguer. El rastro de sangre llegaba hasta donde estuvo aparcada la caravana de Luis León.

—Tú coge su coche y sal a la carretera camino de Sevilla, yo iré a Córdoba. Que Rafa y Clemente te ayuden. Coged un mapa



y repartíos la zona. Entrad en hoteles, pensiones, gasolineras, restaurantes y todo tipo de garitos. Hay que encontrarla antes de que amanezca. Ahora ayúdame a esconder el cuerpo de Hilario hasta que podamos ocuparnos de él.

—Samuel Bucaramanga no solía fallar en sus quehaceres, por esa razón doña Caridad Eizaguirre le encomendaba los asuntos delicados. Doña Caridad era un personaje resplandeciente de la sociedad, pero no se puede brillar sin hacer sombra y en la penumbra nacen negocios de los que hay que ocuparse.

Lanzó su potente automóvil a devorar kilómetros sin preocuparse de los límites de velocidad y se plantó en Córdoba en la mitad del tiempo que hubiera invertido en circunstancias normales. Al entrar en la ciudad llamó su atención el ajetreo de gente que había junto a un pequeño hotel en la avenida de Cádiz.

Arrimó el coche a la acera y preguntó:

—¿Ha sucedido algo?

—Parece que hay un coche ardiendo ahí detrás.

Se apeó del auto y se encaminó al lugar, orientado por el ir y venir de la gente. El sitio estaba acordonado por la policía. Samuel Bucaramanga sólo alcanzaba a ver una columna de humo. Se abrió camino entre empujones y disculpas hasta la primera fila. No había llamas, sólo agua, espuma y humo, rodeando a los dos vehículos, negros ya como tizones.

A un funcionario de Protección Civil, enfundado en un chaleco color naranja, que intentaba impedir que la gente rebasase la cinta de protección, le preguntó:

—¿Ha habido víctimas?

—No. Por fortuna no había nadie cuando ardieron.

Samuel abandonó el espectáculo apresuradamente y mientras lo hacía, iba marcando un número en su diminuto teléfono celular.

—¿Sí, jefe?

—Está aquí, Leandro.

—¿Dónde?— quiso saber el de la nariz partida.

—En Córdoba.

—¿Has dado con ella?

—No. Ha incendiado la roulotte y el coche a la entrada de la ciudad y ha desaparecido..

—¡Qué hija de puta! ¿Y ahora?

—Venid para acá. Yo voy a la estación de RENFE, tú ve a la de autobuses y Clemente y Rafa que indaguen en la compañía de taxis. Seguimos en contacto.

Marcó el número de Candela. Se equivocó al creer que no contestaría.

—Hola —silencio al otro lado. Sam debía estar reponiéndose de la sorpresa—. No te molestes en llamarme más, voy a deshacerme del aparato tan pronto acabe de hablar.

—¡Espera, Sara. Espera, por favor!

—¿Qué quieres?

—¿Dónde está el dinero?

—¿Qué dinero?

—Estás jugando con fuego, niña, ese dinero está marcado. Te dije que se trata de una operación encubierta del CNI. Te

garantizo una buena recompensa, pero debes poner fin a esta aventura.

—En realidad no sé de que me hablas, me inventé todas esas mentiras por seguirte la corriente y que me dejaras irme. *Berenguer* o como se llamase vuestro amigo no abrió el pico, solo quería escapar de vosotros.

—Me estás mintiendo de nuevo —al timbre de voz le faltaba confianza. Candela pensó que para ser tan importante como parecía, aquel sujeto era fácil de engañar—. Mientes muy bien, pero esta vez no te creo. Piensa que tan pronto empieces a gastar ese dinero te caeremos encima, es solo una cuestión de tiempo.

—Comprendo que no me creas, no te falta razón. Qué le vamos a hacer. Adiós.

Colgó.

Samuel Bucaramanga arrancó el coche y enfiló la carretera a toda velocidad en dirección a la estación. Estaba seguro de que el ruido de fondo que oía mientras hablaba con la chica era el de un tren. ¿El AVE?

En los andenes no había un alma. Las taquillas estaban cerradas. Samuel Bucaramanga se dirigió a la cafetería.

—¿Qué va a ser?

—Café.

—¿Solo?

—Sí —puso un billete de cincuenta sobre el mostrador—. Escuche.

—Usted dirá.

—Estoy buscando a mi hija, tengo razones para pensar que ha estado aquí hace poco tiempo —el camarero le miró con desconfianza. Sam puso otro billete igual sobre el anterior—. Es una joven muy guapa, rubia y con el pelo muy corto, lleva una maleta.

—Sí, señor. Una chica como la que usted dice estuvo aquí. De la maleta no le sé decir.

—¿Sabe si tomó algún tren?

—Eso creo.

—¿Qué trenes han partido desde entonces?

—De largo recorrido, sólo el AVE.

—¿Hacia Madrid o hacia Sevilla?

—A Madrid, el de Sevilla se marchó antes.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

El camarero puso el café delante del cliente, cogió los dos billetes y consultó el reloj de la pared.

—Treinta y cinco minutos.

Samuel Bucaramanga tomó el café de un sorbo y salió al solitario andén en busca de una cabina telefónica.

**Si quieres continuar leyendo, házmelo saber:**

**[alameda@masterline.es](mailto:alameda@masterline.es)**